

El enemigo está cerca, el enemigo puede estar dentro

Janete Alanis Carrizo
Facultad de Psicología
MADEMS – UNAM

Quizás fui de las primeras en sentir sus efectos...

Se me coló en las emociones...

Primero un ligero miedo que no quise escuchar,
y para evitarlo andaba por la calle sin hacer caso,
sin dejar que los susurros amurallaran mi paso tranquilo...

Andaba por ahí,
con la idea de algo que acechaba cercano,
algo que avanzaba desenfrenado.

Total, yo solo oía rumores sin querer escuchar.

Pero en ocasiones, los gritos son tan fuertes
que es difícil dejarlos pasar.

El sonido fue haciéndose cada más y más fuerte,
hasta que me fue imposible dejarlo atrás...

Una catástrofe anunciada,
tumultuosas imágenes de desamparo
poco a poco me ciñeron, se crisparon en mí,

Me asfixiaron...

Y me quedé, un instante, muda,
en silencio total...

Quería un respiro tenue y silente,
esquivar las miradas furtivas que todos lanzaban,
quería hacerme un poco más pequeña
para que aquello que deambulaba por ahí
no se me acercara, que siguiera siendo un murmullo lejano.

Pero no fue posible.

Todos hablaban de él.

Todos envueltos en sospecha mantenían la distancia,

se alejaban con un penetrante aroma de ablución mundana.

Sí... definitivamente ya no pude escapar...

Y se me metió en la cabeza,
danzaba a toda hora cerca de mí.

noche, mañana, eternidad.

Permanecía calladamente en mis ojos,
en total desconfianza, en completo espanto

Por caminar, respirar... tocar.

Y se quedó ahí...

Paralizando mis impulsos,
fortaleciendo mi oscuridad más profunda,

todo era frágil entonces,

Era como atravesar un túnel sin final.

Se me quedó...

Y juro que pasaron días que ya no quería comer,
quería estar en vela,

no se fuera a meter a mi casa,

¿Y mi madre y mi padre...?

Mi hermana... mi otra hermana.

Qué bueno que la abuela ya no estaba,

qué bueno que no tuve que mirar

sus ojitos desconcertados por no entender.

Ella una mujer de fe,

Seguro habría dicho,

“Corazón, no te preocupes. DIOS nos cuida”

Cuanta falta hacen siempre sus sonrisas,

su confianza, su encargo con lo divino.

Entonces recordé intensamente a la abuela,

y me aferré a su confianza,

a sus sonrisas y a su rezo...

-Viejita linda, tú que estás allá arriba,

pide que nos cuiden, que nos protejan.
Pero no era solo eso,
Era mi hermana que apenas se alcanzaba a levantar.
Sentir que los amados se quedan en pausa,
Me generaba terror desde antes,
sentir que uno solo de los amados faltaba,
era como poner en alto total al corazón.
Antes de que aquello parara al mundo,
ya esa turbación caminaba conmigo.
Fueron días de aciaga pesadumbre,
con una sensación de acecho demencial.
Tomé todo en mis manos entonces.
Y navegaba entre canguelos y duros mares,
me encaminaba por el desierto cuando era necesario.
Mientras, me convertí lentamente
en espectadora dolorida de otras historias,
de otros ojos, de otros alientos...
Para este momento, ya las calles vacías
Mostraban un rostro distinto;
escuelas, parques, cines, sitios de trabajo,
todo conformó poco a poco un terreno erial
Casi fantasmal...
El mundo se transformaba
y la libertad se confinaba entre paredes,
la única forma posible del roce fue una fingida tulipa
que escasamente podía alumbrar.
Todo parecía entonces,
el imaginario futurista de algún sórdido director,
que con precisión milimétrica
mostraba una realidad apocalíptica.
Para muchos, tal vez, fue vivido así...

Entre experiencias diversas,
había quienes atrincheraban su espacio,
había quienes descreídos no dejaban de andar la ciudad
y estaban también aquellos,
que en el sobresalto no tenían oportunidad.
Voces con la calma en destierro
buscaban encontrar un asidero,
un puerto seguro.
Las llamadas aumentaron,
la palabra fue el roce para algunos
a los que parecía se les acababa el tiempo...
Las historias, cada vez más cercanas,
también crecieron.
El hombre ciego que vivía cerca de mi casa,
el vecino que saludaba a mi padre cada mañana,
algunas personas que durante largo tiempo
vi andar por las calles, se habían ido.
Habían partido sin previo aviso,
de repente se habían marchado.
Un dejo de inminente tristeza se veía en sus familias,
algunos lavaban sin cesar las calles
Y se cubrían lo más que podían el cuerpo,
la mirada, el tacto, la vida...
Quizás ya no querían encontrarse de nuevo
con eso que transitaba por ahí.
Eso era inusual, un trago amargo.
La verdadera dificultad fue saber
de la familia de mí amiga de preparatoria y la muerte de su padre,
del hermano de aquella amiga a la que le gusta tanto bailar,
del esposo de mí amiga al norte de la ciudad ...
La mirada enamora de ella hace años,

y el desconsuelo asfixiante que todo esto le ha dejado...

No pude más y lloré.

Y me enojé con todo, y pensé que la vida

Era más, mucho más que el terror, la angustia

y la desesperación,

más que no entender,

mucho más que permanecer aislada

sin sentir el sol, el viento y la lluvia,

mucho más que solo el frío devastador

de una soledad invadida por tantos y tantos

tras una cámara.

Y me rebelé...

Me quité de tajo esa piel,

grité con todas mis fuerzas,

y tomé mi tiempo entre las manos.

Y de nuevo busqué confiar,

En el mundo, en la gente, en mí...

En el cielo, en el tiempo y en las palabras de la abuela.

Y comencé a cuidar un poco más de mí,

a proteger la memoria que a diario acumulaba,

empecé a dejar de ser una isla solitaria

Que entre emociones parecía que naufragaba.

Hice un largo y profundo respiro...

Y me dije decidida, las emociones,

Mis emociones las manejo yo,

y no quiero más pavor,

ya no más, no más incertidumbre, no más desvelo,

no más acecho, ya no.

Y por extraño que parezca,

Algo surgió de muy dentro,

Una cierta fortaleza, inquebrantable,

porque ya había sentido el abrazo del miedo.
Y sin tanto esfuerzo, decidí reír,
sentir confianza otra vez,
pensar que con todo y lo que hay afuera,
es posible existir...
Pero aquel monstruo tocó a mi puerta...
Parece que mi hermana,
mi pequeña hermana platicó con él,
aun no lo sabemos, estamos a la espera de saber.
Ella se ve bien...
Ligeramente cansada,
ligeramente preocupada,
ligeramente incómoda...
Estamos aguardando lo que finalmente será,
eso contundente que nos haga,
de una vez por todas,
librarnos de ese incómodo pasajero.
Por fortuna, domé antes mis temores,
y al final de los primeros meses conseguí
sofocar la desesperante y sutil desolación de lo incierto.
Para ser quién fui, para ser como me recordaba,
más en calma, más en confianza,
en espera siempre lo mejor.
Después de todo, fue mi abuela quién me enseñó.
Esta particular marcha sigue...
Parece a ratos no tener fin.
Ayer me llamó Luis, su papá murió.
Y hace algunos días la abuela de Ale también partió.
El desconsuelo que adivino en sus miradas,
el ahora tan cotidiano;
- Hay que cuidarse... cuídate mucho, cuídense mucho en casa.

Es una frase obligada en la conversación,
es cuando sabes que esto todavía no termina,
Las calles, sin embargo, ya no están tan desocupadas,
este orbe descomunal parece volver a su ritmo,
el devenir diario que algunos llevaron a casa,
volvió a trasladarse acelerado a sus lugares.

En este amplio mosaico de experiencias disonantes

Algunos podemos permanecer en casa.

En casa...

Algo sin duda impensable para la abuela,
que trajinaba sin pensar el tiempo,
que parecía no temerle a nada,
y siempre tenía dibujado un sutil eco
de serenidad en la mirada...